

# APUNTES DE VIAJE EN CAMION URBANO

Por: Héctor Ceballos Garibay

En aquella época de los años setenta, cuando todavía no existían los ejes viales ni ocurrían tantos suicidios en el metro, me gustaba la rutina de tomar el camión que día tras día me trasladaba a la escuela en donde daba clase de matemáticas. Para un joven profesor de provincia recién llegado a la capital, la ciudad de México aparecía como un inmenso abanico de enigmas y tentaciones, de aventuras y desafíos.

El mismo hecho trivial de viajar en camión urbano desde la colonia Roma hasta el barrio de San Ángel me resultaba, gracias a lo variopinto de los viandantes y a lo pintoresco de las calles y los edificios, una experiencia regocijante y, en algunas ocasiones, plena de sorpresas.

Cierto día, por ejemplo, me percaté de la presencia de una pareja de adolescentes quinceañeros que subieron al camión en Mixcoac. Ella traía uniforme escolar y su novio vestía ropa casual. Supuse que él acudía puntual a la hora que ella salía de clases, para luego acompañarla a casa. Una vez que aparecían, como a eso de las tres de la tarde, el camión se cargaba de una atmósfera de sensualidad que avivaba el ánimo de los viajeros y atraía toda mi atención. Él era corpulento y de facciones toscas; ella, sin ser hermosa, me impresionaba por lo chispeante de sus ojos y, sobre todo, por la voluptuosidad de sus labios, ¡qué labios! Por mera casualidad, infinidad de veces ocuparon los asientos situados justo delante del mío, de modo que podía escuchar cuanta tontería se decían y aquellas risotadas infantiles que parecían no tener fin. Nada de esto me interesaba en realidad, salvo la forma intensa, profundamente apasionada, como solían besarse estos mozalbetes que apenas si comenzaban a vivir. Lo hacían una y otra

vez y con enorme maestría: dejaban de chupar las paletas rojas que traían consigo y daban inicio entonces a esos besos que duraban unos tres o cinco minutos seguidos. Era tal mi cercanía a sus perfiles encontrados, que podía observar con nitidez tanto el movimiento ávido de sus lenguas (la de ella era tersa y acusaba el color rojizo de la paleta), como la fricción placentera de sus labios. La escena se repetía sin cesar a lo largo del trayecto: breves silencios, pláticas insulsas, carcajadas, miradas coquetas y luego aquellos prolongados besos que, sin duda, constituían para ambos la única certeza tangible de que existía la felicidad.

En otra ocasión, recuerdo que era una tarde en extremo calurosa, iba absorto repasando la clase de ese día. De pronto, advertí la presencia a mi lado de una sombra. Se trataba de un tipo de mediana edad, muy delgado y alto, que portaba un traje lustroso y pasado de moda. Súbitamente y en forma ceremoniosa improvisó una conversación conmigo. Le contesté molesto y con monosílabos, y así conseguí mi propósito de que reinara el silencio entre nosotros. Cuadras arriba, sentí que su pierna se juntaba con la mía de manera intencional. De inmediato me recorrí al extremo del asiento y volteé a mirarlo con recriminación: tenía la cabeza caída sobre su pecho y los ojos cerrados. ¿Estaría dormido en realidad? Faltaba poco para mi descenso cuando, como si estuviera en el quinto sueño, volvió a cabecear y a inclinar su cuerpo sobre el mío. Esta vez respondí con un codazo y una pregunta iracunda: "¿qué te pasa?". No dijo nada, pero antes de abandonar presuroso el camión, me miró con una tristeza insondable que aún no he podido olvidar.

Otro incidente viene a mi memoria. Ocurrió en una tarde fría de invierno y, esta vez, el camión transitaba cargado de pasajeros. No había asientos disponibles, así que sufría el cansancio de ir parado, soportando empujones y asfixia.

¡Qué suerte!, una señora que estaba junto a mi desocupó su lugar, y ese único asiento coincidía con el de una joven morena de rostro alegre. ¿Acaso tendría unos veinte años? Olía a jabón de jazmín y poseía la actitud propia de una mujer que sabe lucir con garbo la belleza de sus piernas. Quise establecer con ella un diálogo de miradas como preámbulo de una posible charla, pero ella continuaba viendo al frente, sumida en sus pensamientos y con un esbozo de sonrisa dibujada en su cara. No tenía modo de hacerle plática, razón que me llevó a probar la estratagema del sueño. Cerré los ojos y comencé a inclinarme hacia ella en pausados vaivenes que, por estar dormido, disculpaban mi estrecho y cada vez más frecuente contacto con su cuerpo. ¡Sorpresa! En lugar de recurrirse al rincón de su asiento, colocó la mano extendida sobre su pierna desnuda y se puso rígida con el fin de sostener mi peso. Entreabrí los ojos y advertí que, ahora, sonreía a plenitud. Inmediatamente tomé su mano y así, entrelazados, nos fuimos el resto del viaje. Con cierta frecuencia recuerdo la calidez de aquellos veinte minutos: ¿cómo olvidar esa piel tersa e incitante de sus piernas y de su mano? ¡Qué deliciosa manera de acariciarnos suavemente en tan poco tiempo! En el último instante, cuando caí en la cuenta de que ya estábamos en San Ángel, "desperté de mi sueño" y apenas si alcancé a despedirme de ella con un tímido "buenas tardes".

